

Maxime Rodinson

EL MARXISMO Y LA NACION

Fuente:

*L'homme et la société, n.º. 7,
Anthropos, París, 1968*

Traducción:

Joaquín Jordá

Cuadernos Anagrama

Barcelona

1975

Biblioteca Virtual

Omegalfa

2013

ES sorprendente comprobar lo mucho que tardó el movimiento marxista en afrontar el problema nacional y «nacionalitario».¹ Es cierto que pueden encontrarse en Marx ideas referentes a las naciones, pero, como se puede comprobar, no están sistematizadas. En el mejor de los casos se podrá desprender una teoría implícita o más bien unos fragmentos de teorías implícitas.

Contrariamente a las ideas habituales sobre el marxismo, casi religiosas, sabia y a veces pedantemente canonizadas sin haber sido superadas por los marxisto-estructuralistas, el pensamiento de Marx no estaba dotado de una perfecta coherencia, que, por otra parte, resultaría sobrehumana. Así que no es posible deducir por el simple procedimiento de la exégesis una rigurosa «teoría» que abarque todos los campos de la vida social y algunos más. Sus ideas sobre la nación proceden en parte de sus concepciones sociológicas generales, pero también de presupuestos ideológicos acríicos, de consideraciones estratégicas y tácticas y finalmente, como nos ocurre a todos, de simples prejuicios, ideas habituales adoptadas acríicamente e incluso sin relación alguna con un siste-

¹ Utilizo este último término desde mi artículo «Sur la théorie marxiste de la nation» (*Voies Nouvelles*, n.º 2, mayo de 1958, págs. 25-30) —traducción en lengua castellana, en preparación, Anagrama, Barcelona, 1975— para evitar «nacional», que se refiere a «nación», concepto del que algunos (Mauss, Stalin) han dado una definición restrictiva. Puede aplicarse, por consiguiente, a todas las formaciones globales que superan el nivel de los clanes y de las tribus, aquéllas que se denominan frecuentemente «etnias» y que los rusos llaman *narodnost* (ver a continuación). He sacado la palabra de Arnold Van Gennep (*Traité comparatif des nationalités*, I: *Les éléments extérieurs de la nationalité*, París, Payot, 1922) quien lo había recogido a su vez de René Johannet (*Le principe des nationalités*, París, 1918). Mi amigo Anouar Abdel-Malek ha utilizado el adjetivo dándole un sentido bastante diferente, sirviéndose sobre todo de él para distinguir los objetivos de las naciones que luchan por la independencia o que acaban de acceder al nacionalismo de las antiguas naciones europeas.

ma ideológico. Eso no excluye, por otra parte, una cierta lógica interna en relación a la personalidad total de Marx (incluidas sus pasiones, su afectividad, etc.), lógica que cabe descubrir en cualquier persona normal, pero que no implica obligatoriamente — ¡muy al contrario!— una coherencia al nivel de la compatibilidad lógica de las ideas, considerada objetivamente, y menos aún la validez objetiva de éstas. Las teorizaciones posteriores del movimiento marxista se han desprendido especialmente de consideraciones tácticas. Sólo en ocasiones excepcionales se han producido intentos de teorización con un fundamento (y no sólo un tinte) algo científico.

Eso justificará el orden de mi exposición que estará construida de la siguiente manera:

1. el problema de la nación en el movimiento ideológico marxista;²
2. las formaciones de tipo «nacionalitario»: lo que pueden aportar las tesis y el método sociológico marxistas al estudio de la cuestión;
3. los valores nacionales y los valores últimos de la ideología marxista, dicho de otra manera, el lugar de los valores nacionales en la ética marxista.³

² No puedo desarrollar aquí lo que entiendo con exactitud por «movimiento ideológico». He esbozado una definición de este concepto, que creo original, en mi artículo «Problematique de l'étude des rapports entre Islam et communisme» (en Colloque sur la sociologie musulmane, Actes, 1961, Bruselas, Centre pour l'étude des problèmes du monde musulman contemporain, 1962, págs. 119-149).

³ Nada le repugna tanto al militante marxista (a partir del propio Marx) como reconocer en su actividad unas motivaciones éticas. Nada, sin embargo, es más indudable (ver a continuación).

I.
EL PROBLEMA DE LA NACION
EN EL MOVIMIENTO IDEOLOGICO MARXISTA

1. Ideas de Marx sobre la nación

Al igual que Hegel, y a diferencia de Kant y Fichte, Marx construyó una teoría del Estado, no una teoría de la nación.⁴ «Si cabe hablar de una teoría marxista de la nacionalidad —escribe S. F. Bloom, autor del único estudio serio sobre el tema,⁵ ignorado como es habitual por los marxistas que sienten hacia los marxólogos la misma repulsión que los teólogos (de antes) hacia los historiadores de las religiones—, debe ser en el sentido de una descripción generalizada de las particularidades de las naciones occidentales modernas y de la pertinencia de dicha descripción para las cuestiones nacionales en otras partes del mundo».⁶

Contrariamente a otros «radicales» de su época, Marx acepta la nación como una entidad histórica sustancial. Se esfuerza en reconciliar políticamente el factor nacional y el factor de clase. Posee sobre la organización del mundo una visión más internacionalista que cosmopolita. Eso significa que considera las naciones como algo existente y que seguirá existiendo en un futuro previsible, y no se opone a la integración del individuo en la nación, no preconiza —al margen de cuál haya sido su actitud respecto al problema en lo que le atañía personalmente— que el individuo deba considerarse como ciudadano del mundo sin lazos nacionales particulares.

Para Marx, la nación moderna es una sociedad global amplia que se basa en la integración de una superficie y de una población considerables, integración realizada mediante una fuerte industria, unas comunicaciones y unos transportes desarrollados, así como en la participación en un amplio mercado nacional común a todas las

⁴ Cf. E. Kedourie, *Nationalism*, Londres, Hutchinson, 1960, pág. 36, n.º 1.

⁵ S. F. Bloom, *The World of Nations, a study of the National Implications in the work of Karl Marx*, Nueva York, Columbia University Press, 1941, tesis, VI-225 págs.

⁶ *Ibíd.*, pág. 16.

regiones. La nación funciona y está dotada de una continuidad histórica como tal a partir de la interdependencia de las diferentes clases implicadas en el funcionamiento de un sistema económico determinado. Las ideas y las tendencias de la nación están en relación significativa con la estructura formada por las clases que la constituyen. Las tradiciones nacionales son unos fenómenos absolutamente reales. Reflejan el desarrollo económico de la sociedad, las relaciones de clases en los diferentes períodos, y las características especiales, posiblemente únicas, de la historia de cada país. Así se presentan las naciones modernas que interesan a Marx, o sea, esencialmente, Inglaterra, Francia, Alemania, los Estados Unidos y Rusia.

Marx establece una conexión entre estas concepciones y su teoría fundamental de las clases sociales a través de la «clase nacional» o de la «clase dirigente». En cada período de la historia de un pueblo, existe una clase que, al servir sus intereses particulares, sirve los intereses generales de la nación. Dentro de la estructura de la teoría marxiana, este concepto tiene la ventaja de conciliar el hecho de la división de la sociedad en clases con ese otro hecho evidente de que la nación está dotada de una cierta unidad y persigue unos determinados objetivos comunes. También desde el punto de vista estratégico, la insistencia sobre la lucha de clases como fenómeno constante, la simpatía hacia la lucha de la clase proletaria oprimida y las esperanzas que esta lucha suscita, se concilian de este modo con la necesidad de apoyar, en determinados momentos críticos, a una clase determinada, que no es necesariamente la que goza de más simpatías.

En suma, Marx replantea los conceptos nacionales en términos socialistas. El «patriota iluminado» debe apoyar el programa socialista, y considerar al proletariado como la auténtica «clase nacional», o la que lo será en un futuro próximo, porque este programa sirve para el progreso de la nación.

Hay que subrayar que esta concepción, presentada aquí de manera muy esquemática, difiere del cosmopolitismo inherente a la Aufklärung, al menos antes de Kant. Difiere también del nacionalismo romántico de moda en la época, esa doctrina que «divide la humanidad en naciones separadas y distintas, pretende que estas naciones deben constituir unos Estados soberanos y afirma que los

miembros de una nación se realizan y alcanzan su libertad cultivando la identidad particular de su propia nación y basando su propia personalidad en la totalidad nacional».⁷

Este nacionalismo romántico, aceptado actualmente por el Tercer Mundo después de haber sido la pasión de Europa (central y oriental especialmente) en el siglo xix, basada en el postulado explicitado anteriormente por E. Kedourie, aceptado de manera acrítica como una evidencia, está al margen de la perspectiva marxiana. Marx no es un nacionalista a la manera del romanticismo alemán o a la del Tercer Mundo actual. Para él, la nación no es un dato primordial, más o menos profundamente anclado en la naturaleza, predestinado en todos los casos a formar un Estado independiente. Es una formación histórica contingente que habría podido ser muy distinta de lo que es. Es perfectamente concebible, por ejemplo, que la nación francesa no incluyera la Francia meridional o dejara aparte el Franco-Condado, de la misma manera que no incluye la Bélgica valona o la Suiza francesa.

Para la ideología marxiana, no son los derechos de cada grupo nacional de formar una nación independiente, un Estado autónomo, los objetivos más importantes. El valor supremo (o en todo caso un valor que domina indudablemente sobre aquél) es la felicidad —o sea, el máximo de libertad, de igualdad y de fraternidad— del conjunto de la humanidad. Esto sólo puede realizarse en una sociedad socialista y todo —incluidas las voluntades nacionalistas de las etnias concretas— debe quedar subordinado a este objetivo.

De este modo Engels, todavía en vida de Marx, escribía a Bernstein en 1882 a propósito de una rebelión dalmata:

«Tenemos que colaborar en la liberación del proletariado europeo occidental y debemos subordinar a este objetivo todos los restantes. Y, por muy interesantes que sean los Estados balcánicos y demás, cada vez que su esfuerzo de liberación entre en conflicto con los intereses del proletariado, ¡que otros se ocupen de ellos! También los alsacianos están oprimidos... Pero si, en vísperas de una posible revolución movilizadora, provocan una guerra entre Francia y Alemania, excitan nuevamente el ardor de ambos pueblos y retrasan de este modo la hora de la Revolución, yo diría: ¡Alto! ¡Tened

⁷ Kedourie, Nationalism, pág. 73.

la misma paciencia que el proletariado europeo! En cuanto éste se libere, vosotros seréis igualmente libres. Hasta ese momento, no toleraremos que estorbéis los proyectos del proletariado en lucha».⁸

Este texto no es una manifestación de chovinismo europeo occidental. El proletariado europeo occidental ve sus intereses situados en primer término porque para Marx y Engels no hay la menor duda de que se identifica con el núcleo del proletariado mundial. «Aquí, comenta justamente Kautsky, el derecho de autodeterminación de los pueblos aparece subordinado a las exigencias de la evolución social general cuya fuerza motriz principal es la lucha de clases proletaria».⁹

Marx reconoce las realidades étnico-nacionales. Pero los intereses de algunas de ellas pueden sacrificarse al interés general de la lucha proletaria, que podrá coincidir con el interés de otras etnias. Es decir, que mientras algunas etnias gozarán del privilegio inmerecido, pero impuesto por la situación objetiva, de ver cómo sus intereses coinciden con los de la humanidad, otras se verán desfavorecidas hasta el punto de tener a veces que desaparecer. Es sabido que en el transcurso de la crisis de 1848, Marx se manifestó en contra del movimiento de los checos y de los croatas porque este movimiento podía ser manipulado por la Rusia reaccionaria en contra de los húngaros, y consideraba que la lucha de los húngaros por su independencia favorecía el futuro del movimiento proletario.

La asimilación, pensaba Marx, era un fenómeno deseable para las pequeñas etnias y además debía producirse necesariamente, provocada por la evolución económica que favorece la formación de las grandes naciones. De este modo, las naciones eslavas de Austria-Hungría (a excepción de Polonia) estaban condenadas a la extinción por asimilación, al igual que los vascos, los bretones o los galos.

Hay que entender que Marx se oponía a toda opresión, dondequiera que ésta se manifestara, incluidos los países coloniales, pero eso no le impedía en absoluto pensar, en primer lugar, que la opresión podía conducir, a pesar de sus horribles medios, a unos resultados

⁸ Citado a partir de K. Kautsky, *Die Befreiung der Nationen*, Stuttgart, Dietz, 1917, pág. 9.

⁹ *Ibid.*

deseables en sí mismos. Vemos cómo después de haber denunciado, en el caso de la India, los crímenes de los ingleses y sus mezquinas motivaciones egoístas, cita los versos de Goethe en el *Westöstlicher Diwan*:

«¿Debe atormentarnos este sufrimiento
Puesto que aumenta nuestra alegría?
¿Acaso la dominación de Timor no ha consumido
miríadas de vidas humanas?». ¹⁰

Por otra parte, no considera, como hacen los nacionalistas europeos de su época o los del Tercer Mundo actual, que la lucha contra la opresión nacional deba llevar obligatoriamente a la formación de Estados especiales correspondientes a cada etnia. La asimilación forzada es mala porque se realiza bajo presión. Pero, una vez más, el resultado obtenido puede ser en sí mismo beneficioso si culmina, por ejemplo, en la creación de una gran unidad nacional. En cualquier caso, vista bajo esta perspectiva, la asimilación voluntaria debe ser siempre estimulada.

2. Ideas de la Segunda Internacional ¹¹

En la época de la Segunda Internacional, el fenómeno nacional se impuso fuertemente a la atención de todos.

¿Cuál era el estado de espíritu general, la ideología implícita que sistematizaba de manera subyacente y daba un sentido a todas las ideas heteróclitas expresadas en aquel período por los marxistas? Diría que el cuadro está dominado por una fidelidad de conjunto a los valores de la ideología marxiana. Existe una firme oposición a

¹⁰ New-York Daily Tribuna, n.º. 3804, 25 de junio de 1853. Cíto a partir de K. Marx y F. Engels, *Textes sur le colonialisme*, Moscú, Ed. en lenguas extranjeras, s. f., pág. 43.

¹¹ Cf. especialmente D. Boersner, *The Bolsheviks and the National and Colonial Question*, Ginebra, Droz y París, Minard, 1957 (*Etudes d'histoire économique, politique et sociale*, XX); *Le marxisme et l'Asia, 1853-1964*, textos traducidos y presentados por S. Schram y H. Carrère d'Encausse, París, A. Colin. 1965 (Collection U); *La Deuxième Internationale et l'Orient* bajo la dirección de G. Haupt y M. Rebérioux, París, Ed. Cujas, 1967.

la opresión nacional como manifestación de autoritarismo brutal que es necesario hacer desaparecer. Recordemos que en aquella época el autoritarismo sólo se encontraba en el lado contrario, en los burgueses, capitalistas, feudales, y que, por consiguiente, es unánimemente denunciado. Pero, al igual que en Marx, la independencia nacional no constituye el valor supremo, y en muchos casos los valores nacionales deben ser sacrificados a la dicha máxima de la humanidad y en primer lugar a los intereses de la revolución socialista.

Sin embargo, a partir de esta fidelidad fundamental, podemos apreciar la sutil introducción de elementos de pensamiento nacionalista, en buena parte disimulados e inconscientes.

Hallamos en la socialdemocracia un agudo sentido de la superioridad europea, afirmado por la concepción de la clase obrera europea como vanguardia del socialismo. Es la idea común, compartida desde el principio por Marx y Engels, de la superioridad de la civilización europea. La socialdemocracia ofrece únicamente una versión particular y específica de esta concepción universal que llega a imponerse a los pueblos no europeos. Si Europa es la vanguardia de la civilización europea, el proletariado europeo es la vanguardia de la vanguardia. He ahí desarrollada, pues, una concepción de la superioridad europea que en cierto sentido (pero únicamente así) está justificada objetivamente hasta cierto punto, pero que acaba originando sentimientos, ideas, y tentaciones de índole racista, si le damos a esta palabra un sentido muy amplio.¹²

Por otra parte, los partidos socialdemócratas son unos órganos de defensa de la clase obrera y de las clases menos favorecidas de Europa. Se convierten en partidos de masa. Están influidos por su base social. Son sensibles a los intereses reales, inmediatos, concretos de ésta, intereses que engloban la participación en los beneficios de la acción colonial de cada país. De manera muy «marxista», la situación de la clase obrera europea pesaba sobre su actitud, y ésta acabó sordamente por influir en las ideas de sus dirigentes, pese a todas las barreras instituidas por su ideología. De esta situación —y no sólo con referencia al problema colonial— nace una

¹² He desarrollado un poco este tema en mi artículo, «Marxisme et racisme» (La Nef, año 21, núms. 19-20, sept-dic. de 1964, págs. 49-60).

creciente tendencia a privilegiar los valores nacionales en relación a los intereses de la revolución internacional, a pensar en términos de intereses de la comunidad nacional de la que la clase obrera, cada vez más integrada, es una parte. Es algo que surgirá con toda claridad en el momento de la verdad, en agosto de 1914. Entonces se descubrirá que la ideología internacionalista ha sido minada desde dentro por esas posiciones de los partidos socialdemócratas como órganos de defensa de las clases obreras nacionales. Lenin intentará explicar el fenómeno con su teoría de la aristocracia obrera en el marco de la economía imperialista. Pero no es el final de la historia. Veremos cómo, en el seno de la III Internacional, las mismas causas reproducen los mismos efectos.

Es justamente esta ideología subyacente, con sus corrientes contradictorias, la que hay que tener presente cuando se estudian las reacciones políticas, estratégicas, tácticas y teóricas de la II Internacional con respecto al problema nacional.

Dichas reacciones eran inevitables. Debía adoptarse una actitud política respecto a las reivindicaciones nacionales de las minorías étnicas de Austria-Hungría y de Rusia, dos imperios en los que el movimiento socialista era de considerable importancia. De igual manera, en todos los países dotados de colonias, había que adoptar una posición respecto a la política colonial, menos incluso en respuesta a las reivindicaciones de los pueblos coloniales (inexistentes o pocas veces presentadas bajo forma de programas de partidos organizados y tomando incluso unos aspectos reaccionarios o religiosos poco agradables al movimiento marxista) que a consecuencia de sus efectos sobre las propias políticas metropolitanas.

De este modo se plantearon las cuestiones de táctica y de organización.

Desde un punto de vista táctico, ¿había que apoyar todas las manifestaciones de reivindicaciones nacionales? Y en caso contrario, ¿cuáles?

Desde un punto de vista organizativo, ¿había que permitir la organización de secciones «nacionales» en el seno de los partidos socialdemócratas de los Imperios multinacionales? En caso afirmativo, ¿bajo qué forma?

Son estas cuestiones tácticas y organizativas las que provocaron las

discusiones primordiales y empujaron a unos cuantos intelectuales a la teorización. No es la teoría lo que dirigió las opciones. Una vez más, si hacemos lo que los ideólogos marxistas se niegan obstinadamente a hacer, o sea, estudiar las organizaciones y los Estados marxistas con la ayuda de las categorías sociológicas del marxismo, en suma, aplicar el marxismo al propio marxismo, comprobamos, también de manera muy «marxista», que las ideas y las reacciones de la II y de la III Internacional dependen mucho más de la situación concreta que de una teoría preestablecida.

Desde el punto de vista táctico, podemos estudiar la famosa polémica en la que Rosa Luxemburg (de acuerdo con un cierto número de izquierdistas entre los cuales se encontraba Trotski) continúa el punto de vista de Marx. Rosa se manifiesta en contra de la independencia de Polonia, pues desde el punto de vista del proletariado internacional es interesante que el Imperio ruso se convierta en un gran Estado capitalista en el que el proletariado se desarrolle y adquiera gran fuerza. Para ello, es necesario que el mercado nacional ruso sea lo más amplio posible, y que englobe por consiguiente a Polonia. Por el contrario, una Polonia independiente sería un pequeño Estado agrario, con base territorial insuficiente para que en él se desarrolle una gran industria, y dominado por los feudales. En verdad podemos decir, a la luz de la experiencia del período entre las dos guerras, que Rosa Luxemburg no estaba tan equivocada. Insistía, además, en el hecho de que todas las luchas nacionales de la época reflejaban menos las reivindicaciones espontáneas de la etnia en cuestión que las luchas entre potencias que manipulaban las aspiraciones nacionales cuando no contribuían a fabricarlas. Tampoco sobre este punto estaba enteramente equivocada.

Se sabe que el problema estuvo en la orden del día de la socialdemocracia austrohúngara en el Congreso de Brünn (Brno) de 1899. Para los detalles de la compleja discusión que allí se desarrolló, me limitaré a remitir, por ejemplo, a los libros de Pipes y de Boersner que la estudian.¹³ En última instancia, la decisión adoptada por el

¹³ D. Boersner, obra citada, págs. 32 y ss.; R. Pipes, *The Formation on the Soviet Union, Communism and Nationalism 1917-1923*, Cambridge Mass., Harvard University Press, 1954, págs. 24 y ss. Ver también con más detalle en mi artículo «Sur la theorie marxista de la nation» (*Voies Nouvelles*, n.º 2, mayo de 1958, págs. 25-30).

Congreso fue la de reivindicar para las nacionalidades minoritarias del Imperio «la autonomía nacional territorial». Eso significaba que cada nacionalidad establecida en un territorio coherente en Austria-Hungría debía ser dotada de la autonomía en el seno del Imperio dualista. Además, una «unión» (*Verband*) reagruparía las regiones, incluso minúsculas, donde estuviera establecida una misma nacionalidad. Había, por ejemplo, en el Trentino una región autónoma italiana y los pequeños enclaves italianos dispersos en todo el Imperio, por ejemplo los habitantes de Zara y de Ragusa, formarían junto con el Trentino una *Verband*, votando para elegir unos representantes de los italianos de Austria-Hungría. Se rechazó la moción yugoslava que pedía «la autonomía nacional-cultural extraterritorial», es decir, que todos los individuos pertenecientes a una misma nacionalidad, aunque estuvieran dispersos y sin ninguna relación social con sus «compatriotas», formaran un grupo dotado de autonomía en materia lingüística y cultural.

La reivindicación de autonomía nacional territorial tal como se formuló en el Congreso de Brünn fue adoptada en el seno de la socialdemocracia rusa por algunos mencheviques caucásicos y por el Bund, el partido de los obreros judíos. El prestigio de los austrohúngaros en el movimiento socialdemócrata, considerados gente seria como los alemanes y dotados de sólido espíritu teórico, ejerció su efecto. Pero también ahí dio Lenin nuevas pruebas de originalidad. Tenía sus propias ideas sobre la cuestión, derivadas del estudio de la situación específica de las minorías en el Imperio ruso. Para Lenin, el derecho a la autonomía nacional debía ser reconocido en cualquier caso. Insistía en este punto porque consideraba, en contra de Rosa Luxemburg que pensaba en otras minorías, la gran fuerza revolucionaria que podía constituir la reivindicación de las nacionalidades ajenas en el Imperio ruso, y la importancia de conquistar esta fuerza para la gran causa de la lucha contra el zarismo. Pero, añadía inmediatamente con sutileza, el derecho al divorcio no implica la obligación de divorciar. Las nacionalidades tienen derecho a pedir la autonomía o la independencia, pero, según los casos, los socialdemócratas pueden apoyar o no esta reivindicación. Ninguna nacionalidad tiene un derecho incondicional a su apoyo. Apoyarán las reivindicaciones nacionales sólo en los casos en que coincidan con el interés general del proletariado. De todos modos, únicamente podrán reivindicar este apoyo los

grupos étnicos que tengan una cierta coherencia territorial. De pasada, Lenin antes de su victoria, habla también del derecho a la libre disposición nacional como algo que debe aplicarse asimismo en el futuro Estado socialista. En dicho Estado, se produciría más adelante una reaproximación acelerada e incluso una fusión de las nacionalidades.¹⁴

El problema de la organización del Partido desempeñaba un papel muy importante en estas discusiones relacionadas con los problemas tácticos. Los austríacos, seguidos por los mencheviques caucásicos y el Bund, querían hacer del Partido una federación de secciones nacionales. Lenin, siempre partidario de una centralización en la que veía la garantía de la eficacia, se pronunciaba a favor de un partido unitario con unas subdivisiones territoriales y no nacionales.

Fue entonces, a partir de estas discusiones tácticas y organizativas, cuando aparecieron los primeros intentos marxistas de una reflexión teórica específica sobre el problema de la nación.

El más importante de estos intentos, uno de los primeros, resulta ser a la vez el mejor y todavía insuperado. Se trata del voluminoso libro de Otto Bauer, *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie* (El problema de las nacionalidades y la socialdemocracia), publicado en Viena en 1907.¹⁵ Los marxistas actuales conocen en general este libro por las pocas citas que de él ofrece Stalin, acompañadas de desdeñosos comentarios, y lo menosprecian a su vez amparados en la autoridad de José Vissarionovich. Ahora bien, si se lee, se descubre que las más de las veces Stalin no ha entendido lo que dice Bauer o, si lo ha entendido, lo ha deformado conscientemente. Los marxistas siguen tomando el artículo de Stalin como punto de referencia para este problema, a pesar de que es incomparablemente menos inteligente, menos informado, menos importante

¹⁴ Ver especialmente Lenin, *Notes critiques sur la question nationale* (1913), varias veces publicado en francés con diferentes artículos sobre el mismo tema, especialmente en el opúsculo con ese título, París, Ed. sociales, 1952. Es más rico el opúsculo publicado en Moscú, Ed. en lenguas extranjeras, s. f. Los principales textos se encuentran en las *Oeuvres* (trad. francesa a partir de la 4.ª edición rusa), t. XX, París, Ed. sociales y Moscú, Ed. en lenguas extranjeras, 1959, y t. XXII, *ibíd.*, 1960.

¹⁵ 2.a edición, Viena, 1924.

en todos los sentidos que el libro de Bauer. Para los que necesiten referencias especiales para creerme, señalemos que Lenin — visiblemente poco entusiasmado con el ensayo de Stalin sobre el que había fundado alguna esperanza en el transcurso de la redacción— escribía que Otto Bauer «razona muy bien en toda una serie de cuestiones esenciales».¹⁶ En su opinión, la tesis de Bauer sobre la autonomía cultural extraterritorial, que él combatía, era un detalle aberrante en una obra que por lo demás consideraba como muy notable. Para Stalin, poco acostumbrado a unas distinciones tan sutiles, esta tesis «errónea» dañaba todo el libro y era precisamente un indicio de su perversidad intrínseca.

En sustancia, Bauer justifica la nación como una unidad orgánica dotada de una existencia propia. La define como el conjunto de hombres unidos por la comunidad de su destino histórico en una comunidad de carácter (aus Schicksalsgemeinschaft erwachsende Charaktergemeinschaft). Esta comunidad de carácter, este carácter nacional, facilitó la crítica de Stalin y la de innumerables marxistas después de él, prontos a denunciar ahí una desviación psicologista. No quiero defender la definición de Bauer, que considero criticable. Pero Stalin tergiversa a Bauer cuando pretende que su definición «separa a la nación del suelo y la convierte en una especie de fuerza invisible, autosuficiente... algo místico, inaprensible y de ultratumba».¹⁷ Para Bauer, el carácter nacional no es una fuerza independiente, sino la condensación de toda la historia de la nación, la historia de los antepasados, las condiciones de su lucha por la existencia, las fuerzas de producción que controlaban las relaciones de producción en que entraban. No separa en absoluto este carácter nacional, categoría de psicología colectiva, de las condiciones concretas de la vida social, como le acusa Stalin.

La famosa frase del Manifiesto comunista de que los proletarios no tienen patria no es una proclama antipatriótica sino la verificación del hecho de que la sociedad burguesa les ha despojado de su participación en una patria determinada. Bauer recoge una vez más este lugar común marxista y añade, como muchos otros, que, en la so-

¹⁶ Notes critiques..., Moscú, s. f., pág. 137: Oeuvres, t. XXII, pág. 349. 24

¹⁷ J. Stalin, Le marxisme et la question nationale et coloniale, París, Ed. sociales, 1949, pág. 18.

ciudad socialista, los proletarios tendrán finalmente una patria. Ataca la opinión corriente entre los marxistas de que el mundo socialista avanzará por el camino de la uniformización, hacia una fusión y una asimilación de las culturas nacionales, hacia una civilización mundial uniforme. Por el contrario, según su opinión, las culturas nacionales se verán vivificadas por el socialismo y presenciaremos incluso una mayor diversificación. Recoge, pues, la apología de la diversidad que a comienzos del siglo xix había emprendido Herder en Alemania y sobre la que tanto se insistirá posteriormente.

En el plano de las reivindicaciones defendidas por el movimiento socialdemócrata, es partidario de la autonomía cultural extraterritorial. Ya vimos que es en este punto donde le ataca Lenin. Bauer sitúa la cuestión nacional esencialmente en el terreno cultural. Por ejemplo, todos los italianos del Imperio austro-húngaro deberían poder decidir colectivamente las cuestiones culturales que les afectan y sólo éstas. Eso tenía la ventaja, pensaba Bauer, de dejar libre el terreno para la lucha de clases. Por otra parte, pensaba también, las frecuentes migraciones de los diferentes elementos étnicos en el seno del Imperio ya no provocarían dificultades y choques entre sí, debidos, entre otras causas, a la dificultad de reajustar constantemente las fronteras de los territorios «nacionales».

El ensayo de Bauer era completado, sobre todo desde el punto de vista jurídico, por el de Karl Renner (que firmaba Rudolph Springer o Synopticus), futuro presidente de la república austríaca.¹⁸

Pero la obra más famosa de esta época es sin duda alguna la de Stalin, *El marxismo y la cuestión nacional*, aunque esta fama no se deba en absoluto a sus cualidades intrínsecas. Me permito remitir al artículo donde indiqué las pruebas según las cuales Lenin, que había encargado dicho trabajo al joven georgiano en 1912 para la revista *Prosvechtchenie* (La Instrucción) y que esperaba mucho de él, quedó después de su redacción escasamente satisfecho.¹⁹ Stalin

¹⁸ Se ha publicado recientemente un libro póstumo de K. Renner, *Die Nation: Mythos und Wirklichkeit*, Viena, Europa Verlag, 1964.

¹⁹ Unos meses después, Lenin escribe en la misma revista un artículo sobre el mismo tema sin citar a Stalin. Para él, hay «dos teorías marxistas sobre la cuestión nacional»: la de Bauer-Renner y la de Kautsky. Contradice explícitamente a Stalin en algunos puntos, etc. Referencias en mi artículo de Voies

se limitaba a yuxtaponer a una definición somera y dogmática de la nación (con la que abría su artículo de forma escolástica pero muy poco científica) una justificación de las tesis de Lenin sobre la táctica y la organización.

Hay que señalar finalmente el esfuerzo del propio Karl Kautsky, que culminó en 1917 con su opúsculo *Die Befreiung der Nationen* (*La liberación de las naciones*),²⁰ en buena parte una obra polémica contra Bauer. Para Kautsky, el criterio de nación es sencilla y únicamente la lengua. De ello resulta que la cultura, al no estar unida estrictamente a la lengua, no se liga obligatoriamente a la nación. La «percepción colectiva nacional», que según Bauer colorearía todos los elementos culturales asimilados por una nación (de la misma manera como un individuo asimila todos los elementos que recibe del exterior y les da un toque personal), sólo existe en rigor en el caso de las pequeñas naciones sometidas en un territorio restringido a unas condiciones muy análogas. Las mismas condiciones pueden también hacer parecidas la cultura y la mentalidad de pueblos que hablen dos lenguas diferentes. El propio Bauer reconoció que los checos son «unos alemanes de lengua checa». Esta visión de las cosas permite a Kautsky insistir sobre el carácter internacional de la cultura de los pueblos europeos.

A causa de las migraciones, los obreros son cada vez más bilingües o trilingües. «Quien habla varias lenguas ya no está vinculado a la nacionalidad donde ha nacido. Puede cambiar de nacionalidad a voluntad» (pág. 44).

Fiel al internacionalismo marxiano, Kautsky insiste en afirmar que «la oposición de las nacionalidades en los Estados multinacionales no procede de una cierta oposición de los caracteres nacionales o de las culturas nacionales». «La diversidad ya no significa oposición. Las oposiciones nacionales proceden de la lucha por los mercados o por el poder de Estado». Esta lucha es la que ha ocasionado la opresión de algunas naciones y esta opresión ha soldado en el rechazo a la comunidad nacional oprimida. El Estado proletario no conocerá esta lucha porque será plenamente democrático. El socialismo, resultado de un movimiento internacional, conducirá a la

Nouvelles citado anteriormente.

²⁰ Stuttgart, Dietz, 1917.

desaparición de las fronteras y de las diferencias entre nacionalidades. Contrariamente a la visión de Bauer, «el objetivo de la evolución socialista no es la diferenciación, sino la asimilación de las nacionalidades, no es el acceso de las masas a la cultura nacional, sino el acceso a la cultura europea que coincidirá cada vez más con la cultura mundial» (pág. 47). En esta humanidad socialista, cabe entrever la unificación de las lenguas, el final de la maldición de la Torre de Babel con la que un dios celoso intentó impedir el ascenso de la humanidad hacia el cielo. «En su lugar se cantará el Cantar de los cantares del internacionalismo» (pág. 51).

3. Ideas de la Tercera Internacional

También en este caso hay que comenzar con una descripción de la ideología implícita subyacente.

Debemos reconocer que también existe en la base una fidelidad a los valores de la ideología marxiana. Especialmente al principio, asistimos a una revivificación de la llama revolucionaria marxiana, de la ardiente denuncia de la opresión bajo todas sus formas, y particularmente de la opresión nacional. La III Internacional aparece como reacción contra la «traición» de la II Internacional. Las complacencias de ésta hacia el colonialismo y el nacionalismo son denunciadas como una de las mil manifestaciones de esta traición fundamental. Se produce un incremento del internacionalismo, en reacción contra el «relleno de cerebros» patriótico de 1914-1918, que se manifiesta de muchas maneras: a través, por ejemplo, del carácter no nacional de la designación de la nueva Unión de Repúblicas Soviéticas, abierta en teoría al universo, cuyo himno «nacional» es la Internacional, o de la concepción centralizada de los Partidos comunistas a escala internacional. Eso aparece en los primeros años tanto a nivel organizativo en las «veintiuna condiciones» como a nivel «folklórico» en el odio de la base comunista hacia todo fenómeno que tuviera el menor cariz nacionalista, en la difusión en los medios comunistas del esperanto que deberá hacer desaparecer a largo plazo las incomprensiones entre los pueblos, en las letras de mil himnos populares de los Partidos comunistas, como por ejemplo el italiano *Bandiera rossa*:

Non piú nemici, non piú frontiere
Sui confini rosse bandiere!

No obstante, también esta vez vemos cómo elementos nacionalistas se introducen paulatina y sutilmente. Pese al ardor del internacionalismo proclamado al principio, pronto aparecen sus primeros gérmenes. En primer lugar, la idea de la superioridad europea es sugerida por una estrategia que sitúa en general en primer plano la lucha de las clases obreras occidentales. Allí donde el Partido comunista se convierte en el portavoz y defensor de la clase obrera, experimenta, por el mismo proceso que durante la II Internacional, la influencia de los intereses y de las aspiraciones de las masas que le siguen. Por otra parte, la supremacía rusa en la III Internacional tendrá unos efectos extremadamente importantes y graves.

En la propia U.R.S.S. se aplica aparentemente, de la manera más estricta, la regla de la igualdad de las nacionalidades. El territorio que resta del Imperio ruso se ha dividido y subdividido según el criterio nacional. Los individuos dispersos de una misma «nacionalidad» están unidos en cierta forma con los que viven en un territorio nacional coherente dotado de una estructura política. De manera bastante sorprendente, esta organización elaborada bajo los auspicios de Stalin, comisario de las nacionalidades, copia parcialmente el plan de autonomía cultural-nacional de Bauer, tan violentamente denunciado por Stalin en su artículo de 1913. Vemos aparecer unos elementos de extraterritorialidad (especialmente visibles en el caso de los judíos) para los que el «maravilloso georgiano» no tenía bastantes sarcasmos en 1913.

Pero, en la práctica, se mantiene la supremacía rusa (incluida la de los elementos rusificados). Desde el principio se ve aparecer la tendencia de los rusos a comportarse como «hermanos mayores» y es sabido que fue en este punto donde Lenin rompió con Stalin, descubriendo con horror en el georgiano y en sus amigos unas claras tendencias al chovinismo ruso.²¹ En principio, una orientación parecida era en cierto modo inevitable,²² pero significaba el co-

²¹ Cf. en último lugar el excelente libro de Moshé Lewin, *El último combate de Lenin*, Barcelona, Ed. Lumen, 1970.

²² Cf. mi prefacio al libro de Hélène Carrère d'Encausse, *Réforme et révolution chez les Musulmans de l'Empire russe*, A. Colín, París, 1966 (Cahiers de

mienzo de inquietantes desarrollos. Si bien se hizo un gran esfuerzo para desarrollar las lenguas de las nacionalidades no rusas, la lengua rusa tenía privilegio por la fuerza de las cosas. Fue el pueblo ruso el que hizo la revolución y los comunistas rusos se sentían orgullosos de ello. Debían mantener el comunismo en unos pueblos que estaban lejos de sentirse ganados para él, presionar por consiguiente a los alógenos, y es excusable que éstos no acabaran de entender si se trataba de un puro esfuerzo de imposición del sistema comunista para el bien de los pueblos aunque fuera contra su voluntad, o de una manifestación de la supremacía rusa. Es muy cierto que la mayoría de los alógenos no eran comunistas. Pero la presteza en descubrir en ellos lo que se cataloga como manifestaciones de nacionalismo burgués, y castigarlas, en consecuencia, es muy a menudo inquietante. ¿No se trataría en alguna ocasión de protestar contra una cierta tendencia rusa a la hegemonía?

En la Internacional Comunista, de acuerdo con los principios de Lenin, se reconoce la vocación de todas las etnias a la independencia, tanto en lo que se refiere al mundo colonial como a las nacionalidades minoritarias de Europa. Pero la actualidad de la reivindicación dependía de los intereses generales de la revolución internacional y éstos eran apreciados por el Estado Mayor central con residencia en Moscú, es decir, dependían en la práctica de la estrategia decidida por el gobierno soviético. Durante mucho tiempo, eso significó que dependían prácticamente de la decisión de Stalin.

Es sabido que las grandes líneas de la estrategia variaban según los períodos. Hubo los períodos de lucha exclusiva de los Partidos comunistas, «clase contra clase», en la perspectiva de una revolución inminente.²³ A partir de ese momento, se desencadenaban las reivindicaciones coloniales. El objetivo buscado era menos la independencia nacional de los países sometidos que la debilitación de las potencias capitalistas imperialistas.

Hubo también los períodos de frente único con los socialistas y la

la Fondation nationale des sciences politiques, 141).

²³ Hay que asimilar ahí el período del pacto germano-soviético (1939-1941) en el que, por unas razones diferentes, reaparecen el programa de lucha contra la burguesía en el interior y la reivindicación violenta contra los imperia- lismos francés e inglés en las colonias. Pero el cambio fue vacilante y no se operó en todas partes.

burguesía democrática en la perspectiva del paso lento al socialismo, y después la lucha contra el fascismo. Es sabido que, con motivo de esta última fase, los comunistas propusieron un frente común de todos los patriotas decididos a defenderse de Hitler. A partir de ese momento, las reivindicaciones coloniales quedan reducidas a unas medidas de reformas secundarias, se predica a los impacientes: «subordinarlo todo a la patria». Dicha doctrina fue desarrollada también por el P. C. francés después de la muerte de Stalin, respecto a la guerra de Argelia. Manifestaba que si alguna vez llegaba a obtenerse la independencia de Argelia, se conquistaría en Francia y no en Argelia. Se suponía que si el socialismo vencía en Francia, el problema argelino dejaría de existir. Naturalmente, cabe denunciar esta actitud y buscar en ella unas motivaciones ocultas. No hay que olvidar, sin embargo, que Marx ya había tenido actitudes del mismo tipo, y en algunos momentos había pensado que la independencia de Irlanda se conquistaría en Londres y no en Dublín.

Durante los períodos de frente único, se produjo también un extraordinario desarrollo del nacionalismo en los partidos comunistas. El nacionalismo tenía la misión de colmar las necesidades ideológicas de las masas francesas, rusas y demás, de la manera más rápida y menos costosa, para empujarlas a la lucha contra Hitler y el fascismo alemán, o mejor dicho Alemania fascista. En contraste con el período anterior, después de una breve fase de transición,²⁴ se llega a unas fórmulas puramente nacionalistas.

Mientras que en 1930 era fácil hacerse excluir del partido comunista por haber concedido alguna validez al sentimiento patriótico, una decena de años después la prensa comunista utilizaba el término «patriota» como sinónimo de «comunista».

En general, durante toda la época de la Komintern, se otorgó un privilegio a las direcciones europeas —salvo en el caso de países lejanos como Indonesia— y sobre todo a los intereses directos de la Unión Soviética.

²⁴ Su símbolo es la curiosa bandera roja con un pequeño rectángulo tricolor en una esquina, distribuida, según creo, en las manifestaciones comunistas francesas de 1935. Yo poseo un ejemplar. No se atrevían a llegar de golpe al tricolor puro.

Hay que entender que en aquella época, las masas indígenas de los países coloniales y semicoloniales en raras ocasiones se sentían atraídas por los partidos comunistas (con notables excepciones). La insistencia de dichos partidos en la lucha social cuando lo más importante en el momento inmediato era el problema nacional, así como su inadaptación a las condiciones locales, unido al papel de los burgueses y “feudales” en la lucha por la independencia eran cosas que alejaban a las masas de los comunistas y las aproximaban a las organizaciones o, por lo menos, a los líderes nacionalistas. Eso impulsaba a su vez a la Komintern a apoyarse en unos minúsculos partidos comunistas locales, supuestos representantes de un proletariado por añadidura inexistente y a los que su falta de base real hacía fácilmente manipulables.

En esta época, el nivel de reflexión teórica del movimiento comunista es muy débil. El artículo de Stalin de 1913, sacado del limbo del olvido, es canonizado y sacralizado. La teoría tan somera expuesta en él y la dogmática definición estaliniana de nación deben cubrir todas las necesidades. Sirve para justificarlo todo, y muchas veces, por ejemplo, el rechazo de una reivindicación nacional inoportuna. De manera muy escolástica, se aplican al caso en cuestión los criterios de la definición staliniana. Stalin decía que para formar una nación, se precisan, entre otras cosas, una cohesión y una comunidad de vida económica, es decir, un mercado nacional. Ahora, bien, determinada colonia no forma una unidad económica, puesto que está vinculada económicamente a la metrópoli, participa en el mercado nacional metropolitano pero no tiene un mercado nacional propio. Por consiguiente, no constituye una nación y tampoco tiene vocación de serlo. O, en el mejor de los casos, es una “nación en formación” y habrá de esperar mucho tiempo antes de concederle el estatuto de verdadera nación. Es evidente que de haber aplicado tales criterios a la Polonia anterior a 1914, este país que, dividido entre Rusia, Alemania y Austria-Hungría, carecía evidentemente de mercado nacional, jamás habría tenido vocación de independencia. Nos hallamos ante un perfecto círculo vicioso.

De todos modos, los historiadores de la U.R.S.S. desarrollaron la teoría del *narodnost* (se puede traducir por «nacionalidad»; es un derivado de *narod* *pueblo* y copiado del término *Völkerschaft* que a veces utiliza Engels). Este concepto, sobre el que insistiré más adelante, estaba destinado a colmar el vacío entre el estadio de las tri-

bus y de los clanes y el estadio de la nación en el sentido staliniano, que es específico de la era capitalista.

También en la U.R.S.S., Stalin lanza la teoría consistente en diferenciar la forma (nacional) y el contenido (socialista) de la cultura. Se trata únicamente, de un principio, de un artificio para conciliar la uniformización cultural, política y social en el interior de la Unión Soviética con las satisfacciones más o menos folklóricas que se concedían a las nacionalidades no rusas. Pero, de todos modos, la tesis se prestaba a algunos desarrollos interesantes.

En Francia, se originó dentro del marco staliniano un cierto esfuerzo de pensamiento para justificar los elementos nacionalistas de la política del partido comunista en la época del Frente popular y de la Resistencia, que intentaban integrar esos elementos en una teoría marxista. Antes de 1939, Henri Lefebvre, estorbado por la doctrina staliniana y utilizando al máximo los elementos en un sentido positivo, realizó un esfuerzo en dicho sentido.²⁵ Más adelante, se produjeron las discutibles «síntesis» intentadas por Cogniot, Garaudy y otros. La teoría de «clase nacional», tomada de Marx, fue muy utilizada, pero con una tonalidad mucho más nacionalista, con acentos maurrasianos en Aragón, por ejemplo. No es extraño que una evolución de ese tipo condujera a la apología de Barrès.

4. La evolución post-staliniana

En la época post-staliniana, la ideología fundamental permanece inalterable. La opresión nacional sigue siendo reprobada. Pero no por eso se llega a la exaltación de la especificidad nacional en sí misma. Sigue proclamándose la necesidad de subordinar los objetivos nacionales al progreso general de la humanidad. Eso supone que puede resultar deseable la asimilación futura de algunas nacionalidades existentes. Dentro de la línea de Kautsky y de Stalin, el futuro sigue concebido como algo consistente en una tendencia a la uniformización, a la formación de una cultura mundial.

Se imponen, sin embargo, la voluntad «nacionalitaria» de persistencia en la especificidad (dentro de ciertas condiciones y de ciertos límites) y la fuerza de movimientos basados en el sentimiento

²⁵ H. Lefebvre, *Le nationalisme contre les nations*, París, Ed. sociales, 1937.

nacional.

En la propia U.R.S.S. asistimos a una reaparición cada vez menos velada del «nacionalismo burgués», a medida que el dominio del Kremlin se hace menos brutal. También en las democracias populares se hace cada día más evidente la voluntad de independencia, que llega a ocasionar conflictos. En algunos casos (Polonia, Hungría) la reivindicación nacional desborda el marco socialista o está a punto de desbordarlo. En otros, permanece en dicho marco y el conflicto es callado, pacífico (Rumania) o violento (Yugoslavia, y después China y Albania).

En los países coloniales, el movimiento comunista reconoce finalmente la validez del proyecto «nacionalitario» y su legitimidad, al margen de las clases que lo dirijan y apoyen. Al fin se ha extraído una lección de los fracasos de los partidos comunistas locales que han llevado a los elementos marxistizantes a construir unos socialismos «nacionalitarios», independientes del movimiento comunista y que, en general, alcanzan bastante éxito. En la perspectiva de la lucha antiimperialista, la revolución nacional se ve conceder una clara prioridad ante la revolución social. Se constituyen unos frentes con la burguesía nacional que muchas veces se convierten prácticamente en un apoyo casi incondicional a la burguesía nacional, teorizada por la teoría bastarda de la democracia nacional.

El esfuerzo teórico sigue a duras penas estas peripecias estratégicas y tácticas. Es posible que los yugoslavos sean los únicos en haber hecho un intento serio en este terreno.

II

LAS FORMACIONES DE TIPO «NACIONALITARIO» Y LA SOCIOLOGIA MARXISTA

Es posible desarrollar una sociología marxista de la nación a partir de unas bases marxistas. Pero para ello se requieren al menos dos condiciones previas.

En primer lugar, no dejarse encerrar en una investigación de tipo escolástico como la adopción preliminar y definitiva de una «definición» de nación como la de Stalin.

En segundo lugar, debido a que Marx no estableció una teoría explícita de la nación y que dicha teoría no puede vincularse directamente a las tesis sobre las que más insistió, es necesario remontarse a los presupuestos implícitos de su investigación, en el supuesto, claro está, de que se consideren bien fundados.

Se estima habitualmente que el fundamento de la sociología marxista es la lucha de clases. Esto es, evidentemente, lo que parece deducirse de la lírica frase de Marx en el Manifiesto tan frecuentemente citada: «La historia de la sociedad hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases». Engels, sin embargo, ya había comenzado a limitar el alcance de esta frase. Pero especialmente el estudio de las obras de Marx demuestra con claridad que su desarrollo explicativo apela únicamente a las clases y no siempre a la lucha. Lo que es mucho más importante, por otra parte, es que el estudio de los hechos nos demuestra que Marx tenía razón en su desarrollo explicativo y que la abreviación lírica, en un manifiesto ideológico destinado a la movilización de las masas, era una generalización abusiva y excesiva.

Las tesis sociológicas fundamentales de Marx, las que constituyen la especificidad de la sociología marxiana y marxista, y permiten ver en ellas una corriente científica de una importancia crucial, cuyo punto de vista deberá ser defendido mientras se opongan a él unas concepciones contrarias de base ideológica, están agrupadas habitualmente bajo el nombre (postmarxiano) de teoría del materialismo histórico. Es posible, pese a sus ambigüedades, mantener ese término para designar con él la orientación general de estas tesis,

rechazando la absurda tradición, prolongada por motivos ideológicos por la escuela althusseriana, de ver en él el título de una ciencia específica.²⁶ La única razón de ser del materialismo histórico es enfrentarse al idealismo histórico. Esta última tendencia ideológica, tradicional y recurrente, consiste en considerar las luchas políticas y sociales como unas luchas de los buenos contra los malos, de los justos contra los opresores, de los que tienen razón contra los que no la tienen, o también, en una versión más liberal, de los que defienden una doctrina contra los que defienden otra, y todo ello en el interés general de la sociedad. De este modo, la base de las luchas estaría en la conciencia de los hombres en lucha. Observemos de pasada que este idealismo aparece en las actitudes de muchos marxistas de los países socialistas actuales y de los partidos comunistas.

Marx, en cambio, descubre las motivaciones fundamentales de las luchas en los «intereses» (en el sentido más amplio) de los hombres y de los grupos sociales (entre los cuales se preocupa fundamentalmente por las clases).²⁷ Razona de manera implícita como si los grupos sociales, como si los individuos, estuvieran dotados de una tendencia al menos latente a manifestar unas aspiraciones de un tipo particular. Estas aspiraciones, muy fuertes, consisten en defender y eventualmente en maximizar (mediante la competición y, llegado el caso, la lucha) las ventajas materiales y de prestigio de que disfrutan. A partir de ese momento, la estabilidad social sólo puede ser relativa y temporal.

Pero la lucha no es todo. Se desarrolla sobre un fondo de tareas sociales realizadas, de trabajo social, de las que se desprende un progreso lento y continuo de la producción, con un ritmo que a

²⁶ Una ciencia lleva habitualmente un nombre que se refiere al campo específico al que se aplica y no a una corriente de pensamiento, a un conjunto de ideas (incluso si, en general, se reconocen justas) sostenidas en este campo. No se habla de estudiar el heliocentrismo, sino la astronomía o la teoría del sistema solar.

²⁷ Desarrollo en este momento estas caracterizaciones en una comunicación titulada *Sociologie marxiste et ideologie marxiste* destinada al coloquio de la UNESCO sobre Marx y el pensamiento moderno (mayo de 1968). He esbozado de manera muy condensada mis ideas sobre la cuestión en mi libro *Islam et capitalisme*, París, Seuil, 1966, pág. 200 y ss.

veces se acelera. Su resultado es la acumulación constante de bienes y de productos a disposición de la humanidad.

Esta acumulación, esta producción y este trabajo se efectúan en el marco de las sociedades globales. Antes incluso de las tareas relativas a la maximización de la situación de la sociedad (y de los grupos jerárquicos en el interior de ella), tareas que propongo denominar tareas esenciales secundarias, existen las tareas esenciales primarias. Al igual que el individuo, la sociedad se esfuerza primordialmente en sobrevivir, en perpetuar su existencia (más que su esencia), y por consiguiente, en producir sus medios de existencia, en reproducirlos en la medida en que el consumo los destruye y en reproducirse a sí misma.

Estas tareas se realizan en el seno de cada sociedad global de acuerdo con una organización de las relaciones de producción que sustenta la unidad de ésta. Es mérito de Stalin, inspirado por su robusto (y brutal) sentido común, haber recordado este hecho elemental en su artículo sobre la lingüística, probablemente su mejor obra. La importancia primordial de estas tareas sustenta las relaciones de alianza y de cooperación o de hostilidad y de lucha entre las sociedades globales, inspiradas simultáneamente por la necesidad fundamental de producir y de reproducirse, así como por las aspiraciones a la defensa y a la maximización de las ventajas materiales y de prestigio.

Así pues, las luchas entre sociedades globales son un rasgo tan fundamental de la historia humana como las luchas sociales. Marx sabía perfectamente —y lo demuestra a lo largo de sus textos políticos— que las luchas entre Francia e Inglaterra o entre Inglaterra y Rusia, por ejemplo, podían ser apreciadas desde el punto de vista del progreso de las clases, de sus posiciones, de sus conflictos, pero que no podían reducirse exclusivamente a esto. No se es en absoluto infiel a las bases implícitas de la sociología marxiana o marxista si se admite la importancia de las sociedades globales, de sus relaciones pacíficas u hostiles.

La nación es una forma de sociedad global, una formación comunitaria que aparece en determinadas condiciones sociohistóricas.

Después de un período muy prolongado en el que las condiciones de la producción y de la reproducción no permitían la formación de unidades globales más amplias que el clan o la tribu, aparecieron

en determinadas condiciones, grupos de tribus que se reconocían un origen común, con algunas instituciones comunes (a menudo una especie de anfictionía), una lengua común (aunque con múltiples dialectos diferentes), una cultura más o menos común en el seno de la cual figura primordialmente una religión (o sea una ideología) común. Se trata de la formación que los rusos denominan *narodnost*, que se llama frecuentemente «nacionalidad» y que se puede llamar «etnia».

Según los casos, la etnia es más o menos coherente o está más o menos dividida. Su territorio puede ser más o menos coherente, a veces no serlo en absoluto, e incluso, en casos límites, no existir en tanto que territorio específico de la etnia (cf. los zingáros, los judíos en determinada época, los haoussa). Unas relaciones económicas regulares contribuyen en mucho a asegurar la coherencia de estas unidades.

La formación de la etnia, nacionalidad o prelación, es la formación de solidaridades globales por encima del nivel de las tribus. En este proceso, los factores de relación económica desempeñan un papel dominante. Este proceso está coronado por la formación de un auténtico mercado nacional que caracteriza la nación, es decir, la forma más perfecta conocida de sociedad global supratribal.

Esta nación perfecta corresponde aproximadamente a la definición de Stalin. Pero hay que entender que sólo es la culminación, la coronación de formaciones pre-nacionales con las que tiene mucho en común. Eso es especialmente cierto cuando son motivos políticos los que se oponen a esta culminación.

Los factores de unidad «nacionalitaria» o nacional pueden ser variados. Encontramos la comunidad de lengua, la comunidad de religión, de cultura, de instituciones, etc.

Un Estado común desempeña un papel muy importante en la formación de una nacionalidad, sobre todo cuando está restringido a los individuos de una etnia (Estados egipcio o hebreo de la Antigüedad) o cuando concede un papel dominante a una etnia (Imperio romano, Imperio otomano). Los factores de unidad pueden ser especialmente fuertes en algunas situaciones geográficas (Egipto antiguo).

Un Estado fuerte, incluso poliétnico, como los Imperios de la An-

tigüedad, puede desarrollar unos vínculos muy estrechos entre sus diferentes partes y parecerse muchísimo a una nación moderna. Así ocurría, por ejemplo, en el caso del Imperio romano que Marcel Mauss consideraba como la única nación constituida antes de la época moderna.²⁸ En el Imperio romano se había formado una especie de mercado «nacional». Existió una tendencia muy fuerte a la asimilación de las nacionalidades alógenas (galos, íberos, etc.), dentro, sin embargo, de ciertos límites, como lo demuestra la persistencia de una separación en el seno del Imperio entre regiones de lengua griega y regiones de lengua latina.

En una etnia imperfecta pueden manifestarse unas fuertes tendencias centrífugas. De ahí que, cuando se enfrenta a un enemigo, aparezcan numerosos casos de aparente «colaboración» que, evidentemente, no pueden ser juzgados como los casos de «colaboración» producidos en el seno de una nación ya formada. En muchos puntos, los galos tenían unas reacciones «nacionalitarias» comunes, pero algunas de sus tribus tomaron el partido de César en contra de Vercingetorix. Lo mismo ocurrió en los aztecas a los que Cortés sólo llegó a vencer con la ayuda de los habitantes de Tlaxcala, o también en Argelia en los tiempos de Abdel-Kader.

Hay que tratar aquí del problema de la especificidad nacional sobre el que tanto se insiste en nuestra época a propósito del Tercer Mundo. Está claro que no es un mito, y que algo de ese tipo existe realmente. Pero no cabe considerar que se trate de un dato primordial. Nos hallamos ante un fenómeno del tipo del «carácter nacional» de Otto Bauer, resultante y condensación de múltiples fenómenos. El libro de Otto Bauer ofrece unas interesantes indicaciones sobre la manera como se ha formado. Se trata asimismo de un dato en vía de cambio perpetuo. Es imposible analizarlo como una invariable «fundamental» en torno a la cual se aglomerarían en cierto modo unos factores accesorios mudables. Convendría demostrar precisamente en qué consiste esta invariable «fundamental». No es absolutamente seguro que lo fundamental en la cultura nacional sea siempre el mismo fenómeno o el mismo haz de fenómenos. Los caracteres nacionales cambian. Antes de llegar al puritanismo victoriano, Inglaterra estaba considerada como un país de joviales

²⁸ M. Mauss, «La nation» (*Année sociologique*, 3.^a serie, 1953-54, París, P.U.F., 1956, págs. 5-68).

libertinos. En el siglo XVIII los alemanes eran unánimemente considerados como unos seres fundamentalmente pacíficos. Sin embargo, unos factores relativamente permanentes pueden concebirse más o menos en dependencia de, por ejemplo, unas constantes geográficas o ecológicas. Hay que analizar cada caso. Sólo se puede hablar de él a posteriori, después de un minucioso análisis, no a priori.

Por otra parte, tanto la etnia como la nación son fenómenos contingentes. Habrían podido ser muy diferentes de lo que son. Fueron las contingencias históricas las que decidieron que Bretaña y no Bélgica quedara anexionada a Francia. Ninguna predisposición absolutamente inevitable, ninguna fatalidad, presidieron su creación. No se debe sacralizar la historia y decir que esta nación debía existir porque existe. Conviene insistir en ello ante las recurrentes tendencias de las ideologías nacionalistas a dicha sacralización. Sólo podemos reírnos cuando se nos habla actualmente del carácter sagrado de la unidad nacional en los casos de unos Estados cuyas fronteras fueron fijadas por unos antiguos diplomáticos, después de encarnizados regateos entre Potencias extranjeras, como ocurrió muy a menudo, por ejemplo, en los países africanos, que han heredado unas fronteras determinadas en el siglo xix en Berlín, Londres o París.

Hay que prevenirse contra estos mitos escolásticos y retornar siempre a las realidades concretas que se pueden discernir detrás de las palabras. Casi siempre nos hallamos frente a factores de unidad y factores de diferenciación, como ocurre, por ejemplo, en el caso de los árabes. La discusión acerca de si los árabes forman, por esencia, una nación es puramente escolástica. La realidad concreta es que entre ellos existen factores de unidad y factores de diferenciación, y que por dicho motivo cabe concebirles de momento como una nación con dos niveles. Existen tunecinos, sirios, egipcios, etc., con una diferenciación que a veces se ha consolidado en los últimos cincuenta años. ¿Prevalecerá la unificación o la diferenciación? Es un problema que sólo pueden resolver los factores concretos.

Creemos conveniente tratar las ideologías nacionalistas a la luz de estas consideraciones. Insistamos en que no se trata con ello de reivindicar los derechos individuales, o la igualdad entre los individuos que pertenecen a diferentes etnias dentro de un mismo Estado.

Nos referimos a ideologías que reclaman el reconocimiento de los derechos «nacionalitarios» (autonomía) o de los derechos nacionales (independencia).

Exigen para los individuos de una misma etnia o de una misma nación instituciones propias y el desarrollo de su cultura específica. Exaltan el patriotismo de la etnia o de la nación en cuestión, la resistencia a la asimilación, el mantenimiento de la identidad.

Tampoco en este caso se trata de una fatalidad. Existen tendencias a favor de esta opción, otras en contra, y varían según las circunstancias. Muchos argelinos antes de 1945 reclamaban la asimilación a Francia (recuérdese la célebre declaración lírica de Ferhat Abbas). Los galos y muchos otros buscaron la latinización. Durante mucho tiempo, los kurdos, los judíos, los irlandeses, han intentado en buena parte asimilarse a la población en cuyo seno vivían. Para algunos de ellos, la reacción nacionalista se ha producido en determinada fecha y en determinadas condiciones. En los Estados Unidos, en cierta medida al menos, los grupos «nacionalitarios» coherentes (polacos, italianos, japoneses, irlandeses, etc.) intentan fundirse en el *melting pot* americano. También los negros lo han pretendido durante largo tiempo y muchos siguen pretendiéndolo. Su reciente reacción nacionalista es el resultado de la persistente discriminación que afectaba de manera especial a un elemento situado históricamente en unas condiciones poco favorables, y fácil de distinguir, pese a todo el deseo de asimilación que podía manifestar, gracias al color de su piel.

La opción nacionalista no es un absoluto impuesto por Dios, por la moral o por la historia. Es la culminación en determinadas condiciones de aspiraciones e intereses nacidos de la situación objetiva al lado de otros.

Los sentimientos «nacionalitarios» o nacionalistas tienen una fuerza muy grande y los marxistas han cometido un grave error al subestimarlos. Pero estos sentimientos no son los únicos y no siempre han sido supremos.²⁹

²⁹ He intentado demostrarlo en los casos que mejor conozco en mi artículo «*Dynamique interne ou dynamique globale: l'exemple des pays musulmans*» (*Cahiers internationaux de sociologie*, n.º 42, 1967, págs. 27-47). Existe traducción en castellano.

¿De dónde procede esta fuerza? Podemos verificar fácilmente que la identificación «nacionalitaria» es (muchas veces) un dato elemental, fácil de percibir, acrítico, sin necesidad de elaboración, de toma de conciencia, como ocurre frecuentemente con la conciencia de clase. La tendencia de una etnia dominante a aprovecharse de su situación es constante, y todavía más en la medida en que sus miembros más desfavorecidos sólo pueden hacer prevalecer esta superioridad. La aspiración tendencial a la maximización de las ventajas de que goza el grupo se opera muchas veces y con suma facilidad en favor del grupo étnico. De ahí las actitudes de desdén, de desprecio, el rechazo de la igualdad, la opresión y la explotación, muy corrientes en las relaciones entre las etnias y cuya continuación preveía Lenin después de la revolución socialista.³⁰ Estos comportamientos cimientan una reacción «nacionalitaria» en las etnias en contra de las cuales se ejercen. Ocurre también que es mucho más difícil, en general, cambiar de etnia que mejorar el estatuto económico-social. En la Argelia colonial, un argelino afrancesado seguía siendo un argelino mientras que, si las circunstancias le eran favorables, un obrero podía convertirse en patrón.

La observación sociológica debe hacernos rechazar asimismo el concepto ideológico de vocación de una nación, vocación pacífica, bélica, cultural, misionera, etc. Aunque deban tenerse en cuenta las aspiraciones diferenciadas de cada clase (y esta diferenciación es elocuente en sí misma), cualquier nación tiende a maximizar sus ventajas. Puede adoptar una política pacifista cuando sus gobernantes, sopesando los pros y los contras de la expansión, de la búsqueda de la dominación, valorando sus posibilidades de éxito, valorando también las aspiraciones de las diferentes clases de sus súbditos, lo deciden de esta manera. Es, por ejemplo, el caso de Suiza y de Suecia. Pero la tendencia a la maximización, por violenta y en detrimento de los demás que resulte, siempre está ahí, latente, dispuesta a dominar, a traducirse en actos si las condiciones son favorables. Ninguna fidelidad a una vocación mítica preestablecida pesará de manera notable para impedir este proceso, como tampoco pesará el recuerdo de la opresión infligida por otros o los sufri-

³⁰ Cf. su *Bilan d'une discussion sur le droit des nations*, en el opúsculo anteriormente citado (Moscú, s. f.), págs. 138, 171 y ss. *Oeuvres*, t. XXII, págs. 349, 390.

mientos experimentados en función de una inferioridad anterior.

En las perspectivas definidas anteriormente, es difícil aceptar como regla general una concepción voluntarista de la nación. En la mayoría de los casos, no se forma una nación porque se quiera vivir conjuntamente. Es porque ya se vive conjuntamente, en una situación objetiva determinada, creada por la historia, porque unos factores objetivos preexistentes te ligan a un cierto número de grupos y de individuos designados por unos índices objetivos, que se forma una etnia y una nación. Por dicho motivo la mayoría de los miembros de esta etnia o de esta nación quieren seguir viviendo juntos. Pero a veces muchos emigran y cambian de identidad «nacionalitaria», se asimilan a otras etnias. No obstante, en casos limitados, se reproduce el proceso que la etnografía y la historia nos permiten vislumbrar en el nacimiento de algunas tribus complejas, algunas microetnias pluritribales (cf. los sinoecismos de las ciudades griegas), algunas etnias, en fin. La etnia israelita, y después el Estado de Israel, se han formado con judíos de diferentes orígenes que quisieron vivir juntos. Lo mismo ocurre en el Pakistán con los musulmanes indios que quisieron tener su Estado, y en algunas colonias europeas de ultramar. Sin embargo, no hay que ocultar el hecho de que estos casos no pueden explicarse por el puro juego de la ideología sin tener en cuenta los vínculos materiales. La exclusión de los judíos de la sociedad europea o la discriminación a su respecto, los factores complejos que han afectado al movimiento nacionalista en la India británica unidos al hecho de que los musulmanes formaban en ella —de manera excepcional a partir del criterio de la comunidad religiosa— una especie de casietnia (y no olvidemos la gran masa de musulmanes indios que ya vivían en el territorio atribuido al Pakistán), los factores económicos y políticos que ofrecían una vida miserable a los irlandeses y les empujaban a la emigración, son cosas que hay que tomar en consideración. Pero esto no impide que el elemento de la libre opción individual desempeñara un papel importante en estos y en otros casos análogos. Se trata de la problemática de los orígenes que, en la delimitación de los grupos sociales de un determinado tipo, etnias en el caso presente pero también, por ejemplo, movimientos ideológicos, pone en juego otros factores que también participan en la consecución del destino así definido.

III

VALORES NACIONALES E IDEOLOGIA MARXISTA

Este esbozo ha comenzado con una historia de las ideas en el marco de una ideología y de un movimiento ideológico, y ha proseguido con un estudio sociológico de un determinado tipo de agrupaciones. Quisiera concluir entrando en el terreno de los valores. Recogeré la distinción clásica de juicios de existencia y juicios de valor. Goldmann afirma que el marxismo niega esta distinción. Esta misma aserción es en sí misma una verificación, un juicio de existencia, y no de valor. Es cierto que Marx tendía en cierto modo a negar esta distinción, a escribir y actuar, por ejemplo, como si la verificación de que el proletariado era la clase del futuro tuviera que llevar automáticamente a exaltar y apoyar la causa del proletariado. De la misma manera los militantes marxistas se han sentido siempre molestos ante cualquier afirmación según la cual su actitud implicaba una opción ética, cosa que sin embargo es indudable y evidente. Y, no obstante, paralelamente, cabía verificar una tendencia constante a reintroducir en sordina los temas éticos en la ideología marxista hasta llegar a la publicación de manuales de ética comunista en la U.R.S.S. e incluso en Francia. La ideología difundida en la base marxista recurría a la convicción pre crítica de la maravillosa coincidencia entre exigencia ética y eficacia de los factores históricos. En mis tiempos juveniles, se cantaba mucho en las filas del P. C. la emocionante Varsovia: « ¡Adelante, trabajador, proletario — Tu causa es justa y poderoso tu aliento!...».

Marx no fue únicamente un gran pensador, un descubridor de leyes sociológicas y económicas, fue también el fundador de una ideología y de un movimiento ideológico. Introducía en el cuadro del mundo social que trazaba diversos elementos de diferentes coeficientes de valorización. No sólo existía la lucha social, sino que era un deber de los oprimidos participar en ella, y de los hombres honestos apoyarles. No sólo la lucha debía hacer triunfar al proletariado, sino que esta victoria debía conducir a toda la humanidad al reino de la libertad.

Si los objetivos de la lucha eran tan deseables, si el deber de aso-

ciarse a ella era tan imperioso, si quienes desertaban o traicionaban la lucha eran tan despreciables, es porque la lucha debía hacer triunfar unos valores particularmente deseados: la libertad, la igualdad y la fraternidad para todos los hombres.

Las ideologías eligen unos valores supremos. Eligen también los objetos que se proponen servir, en quién y para quién deberán realizarse estos valores.

Si se exceptúa al propio individuo, el yo, sólo existen y pueden existir tres objetos en nombre de los cuales se llama al sacrificio: el grupo diversamente definido, pero que muchas veces será la etnia o la nación, el hombre sin distinción de grupo, y Dios.

Uno pretenderá la libertad o/y la fuerza para el grupo, otro se consagrará a servir a Dios, y un tercero combatirá por la causa del hombre.

Son necesarias otras opciones en otros planos para constituir una ideología dotada de alguna consistencia. Observemos de pasada que es posible adherirse a los mismos valores, servir las mismas causas sin adoptar todos los temas de la ideología que ha proliferado en torno, sin querer tampoco participar en las organizaciones o movimientos concretos que tienen por objetivo trabajar a su servicio.

La ideología marxista está centrada en el hombre. Es optimista y progresista: profesa que es posible mejorar la condición del hombre y su propia naturaleza. Es un humanismo ateo. El hombre puede forjarse una vida mejor, puede forjar para toda la humanidad una vida mejor gracias a su trabajo, a sus propios esfuerzos sin la ayuda de ninguna fuerza del más allá. Es cierto que las leyes de la historia, que se supone que marchan en el mismo sentido, revisten muchas veces un aspecto de fuerza casi mística.

Se llama al hombre a entregarse, a sacrificarse por estos objetivos inmensamente deseables y de este modo a mejorarse también a sí mismo. Se le llama a superarse constantemente en el servicio del bien de la humanidad.

Se descubre el parentesco de esta ideología con las religiones universalistas que también apelan (en principio al menos) a trascender las diferencias originales.

Es probable que el progreso humano —al igual que el servicio a

Dios en las religiones universalistas—pueda realizarse en el marco de los grupos étnicos o de las naciones. Las ventajas y los inconvenientes de este marco en los diferentes períodos históricos deben ser sopesados. Pero, en cualquier caso, sólo es un marco contingente. No es, en principio, un deber limitarse a él. Y, si un día debe hacerse una elección, el bien del grupo debe ser evidentemente sacrificado al bien de la humanidad en su conjunto.

Una ideología de esta índole combate la opresión nacional, el privilegio de una etnia sobre las otras, la asimilación forzada. Pero nada tiene en contra, por ejemplo, de una asimilación buscada voluntariamente, salvo si eso significa la deserción de un combate (combate en favor de la liberación de la opresión, pero no en favor de la especificidad a cualquier precio, puesto que ésta no sirve necesariamente la causa del hombre).

La fusión de las nacionalidades puede ser deseable si contribuye al progreso de la humanidad. ¡Cierto que es un juicio de delicada formulación y es preferible que el juez no sea un miembro de la nacionalidad asimiladora! Pero, contrariamente a lo que afirman los nacionalistas, esta fusión no resulta necesariamente perjudicial para la cultura mundial en formación. Los elementos válidos de la cultura asimilada no necesitan obligadamente para perpetuarse y transmitirse el soporte de la etnia de la que formaban una de sus características. Estos elementos pueden sobrevivir bajo una forma cambiada, bajo otra lengua. Pocas personas siguen hablando el provenzal en Francia, y muchas menos saben leerlo. Pero la literatura de los trovadores puede leerse traducida, y ha fecundado muchos espíritus a través de múltiples intermediarios. No podemos perder el tiempo llorando sobre el destino fatal que sufrió la Francia de la lengua d'oc en el transcurso de la Cruzada contra los albigenses, vituperando a Simon de Montfort e intentando reconstituir la etnia francesa del Sur que iluminó con su cultura el Alto Medioevo. La Biblia hebrea ha ejercido infinitamente más influencia en el espíritu de numerosos pueblos de la tierra por sus innumerables traducciones de la que pueda haber ejercido por la mediación directa del pueblo de que emanaba. La historia mundial es una serie infinita de afortunadas asimilaciones perdidas en la memoria de todos. Las actuales naciones más encarnizadamente dispuestas a defender su especificidad son el resultado de varias fusiones y asimilaciones.

Si la ideología marxista valora la lucha de clases, es porque tiene como fin (según ella, al menos) la abolición de las clases, y por consiguiente la supresión de los privilegios, el establecimiento de la libertad y de la igualdad sociales. La ideología nacionalista valora por el contrario la lucha de una nación por su libertad global para ella sola, sin consideración hacia las demás, y a menudo por su fuerza en detrimento de la libertad de las otras.³¹ En la perspectiva de la ideología marxista la lucha de las naciones sólo y únicamente puede ser valorada si marcha en el sentido de la liberación general de la humanidad, por muy difícil que resulte la apreciación. Pero cuando una nación se ha convertido en independiente, y liberado con ello de las cadenas de la dominación indirecta, la exaltación de los valores nacionales, el desarrollo de la ideología nacionalista, casi fatales durante el período de la lucha por la liberación, le hacen incurrir continuamente en el riesgo de servir para promover y justificar una continuación de la lucha en un sentido desdichadamente clásico: esfuerzos por la dominación, la opresión, la explotación de los demás. Nada previene automáticamente contra dicha evolución: ni los sufrimientos experimentados por una población anteriormente explotada, oprimida e incluso masacrada (ver Israel), ni la exaltación del tema de la injusticia ejercida por la opresión nacional durante el período de la lucha de liberación (ver muchos países coloniales), ni las declaraciones de intenciones internacionalistas, ni la motivación ideológica desinteresada de la ayuda aportada a un pueblo hermano,³² ni la democracia parlamen-

³¹ La oposición entre ambas ideologías es notoria en la Filosofía de la revolución de Gamal Abd en-Nasser. Este, bajo la influencia del marxismo, habla de las dos revoluciones, nacional (es decir, para conquistar la independencia nacional) y social, por las que debería pasar toda nación. Pero la primera desarrollaría las mejores cualidades, la entrega, la abnegación, la solidaridad, etc., mientras que la segunda, a la que habría que resignarse sin embargo, engendraría («a pesar nuestro») las detestables tendencias de la lucha sórdida por unos intereses materiales entre los hijos de una misma patria. Es total la oposición con la visión marxista donde lo sano es la lucha social, ya que suscita abnegación, etc., mientras que las luchas entre naciones son fratricidas («¡proletarios de todos los países, uníos!»), y hacen retroceder hasta los instintos prehistóricos del egoísmo de grupo.

³² Ver la Francia de la Revolución y las repúblicas-hermanas.

taria, ni la propiedad colectiva de los medios de producción.³³

Las perspectivas de la ideología nacionalista (y de nada sirve para conjurar el peligro, bautizarla «nacionalitaria») son y sólo pueden ser un encadenamiento constante de luchas, de victorias seguidas de infinitos desquites. La única esperanza de romper por algún sitio este ciclo sin fin puede residir en el apaciguamiento ayudado por las circunstancias y los prudentes cálculos de hombres de Estado razonables con edulcoración de la ideología, pero también con el peligro permanente de que unas condiciones imprevistas favorezcan un recrudecimiento de la virulencia. El federalismo puede institucionalizar este desarme, al menos temporal, de los conflictos. Pero hay otra manera de acabar con el ciclo de los odios: la deportación, la expulsión, el genocidio. La ideología nacionalista es portadora latente, o activa, de odios, conflictos y matanzas, sin ningún beneficio para la humanidad, sino todo lo contrario.

La ideología humanista marxista, al igual que cualquier ideología humanista y universalista, puede reconocer el interés de las culturas nacionales, la fuerza de los sentimientos nacionales, la legitimidad de la defensa de los derechos nacionales. No puede aceptar sin traicionarse la ideología nacionalista. ●



Biblioteca
OMEGALFA
ΩΑ

³³ Lenin prevé que «el hecho de que el proletariado haya llevado a cabo la revolución social no bastará para convertirle en un santo y ponerle al amparo de errores y debilidades». Podrá ser guiado por «los intereses egoístas que llevan a encaramarse sobre los demás» (*Bilan d'une discussion sur le droit des nations*, en el opúsculo *Notes critiques...*, Moscú, s. f., págs. 171 y sig.: *Oeuvres*, t. XXII, pág. 380). Y cita a Engels que consideraba necesario advertir que «el proletariado victorioso no puede imponer el menor bien a un pueblo extranjero sin comprometer de este modo su propia victoria» (carta a Kautsky, 12 de septiembre de 1882). Rara vez uno y otro han sido tan clarividentes.